

## EL CABALLERO CRISTIANO DE CAMINO

JOSÉ MORALES

El tema del caballero que trata en serio de ser verdadero cristiano, o del que simplemente es considerado como tal por la sociedad que le rodea, aparece dentro de *Camino* sin llamar demasiado la atención, y en un plano relativamente secundario. Es, sin embargo, un tema que tiene mucho que ver con las líneas de fuerza que recorren el libro, porque en esa breve expresión, no exenta de alguna ambigüedad, se condensan concepciones de fondo que lo han inspirado.

El autor escribe en el contexto del tiempo en que vivió, y más adelante podremos ocuparnos de algunas circunstancias históricas que permiten entender el sentido de la expresión. Ésta posee además un marco mucho más amplio, que se extiende de algún modo a la literatura y mentalidad profanas de tiempos pasados, y, más recientemente, a los libros teológicos y espirituales de los siglos XIX y XX.

El caballero que se llama o es llamado cristiano es un fenómeno social moderno, y equivale a una categoría de la sociología religiosa. La expresión misma contiene ya una tensión entre dos ideas cuya fusión armónica en unidad real presenta dificultades, tanto en el plano teórico como en el empírico. Es la misma tensión que se manifiesta en extremos como el triunfo humano y la cruz, el imperio de los criterios temporales y el reino de Dios. Si no existe mediación posible entre esos extremos, hablar de caballero cristiano resulta no sólo paradójico sino absurdo.

Las dificultades para que una persona realice de modo razonablemente satisfactorio el tipo (más bien ideal) de caballero cristiano ha llevado a algunos a la negación de que pueda darse realmente tal persona.

Esta negación se apoya en principios de fondo, y sobre todo en la convicción de que la síntesis que la idea de caballero cristiano supone resulta axiomáticamente imposible. El caballero es un hombre de mundo, mientras que el genuino carácter cristiano no es viable ni se puede desarrollar en el clima mundanal. El caballero cristiano sería

una contradicción en los términos, dado que un hombre de mundo no puede ser un seguidor de Jesucristo. Podríamos encontrar un «caballero cristiano» como designación convencional, pero tal persona no existiría realmente en sentido espiritual y de principios. Viene a afirmarse así que entre *caballero* y *cristiano* existe una diferencia esencial y de fondo, debido a la cual ambas ideas se comportan de modo mutuamente beligerante.

La irreductibilidad de los dos significados se apoya también en motivos de orden pragmático. Cabría tal vez afirmar teóricamente la armonía de ideas que viene sugerida por la expresión, pero resultaría irrealizable en la práctica. De modo que la insistencia en el ideal, y en el uso de la expresión que lo indica, se convierte fácilmente en terreno abonado para la hipocrecía de quien dice ser lo que no es.

El ideal de caballero, y más adelante el ideal de caballero cristiano, tienen una historia. Analizar los momentos más destacados de ésta nos permite comprender la concepción del caballero cristiano que late en Camino, con sus matices, peculiaridades, y novedad. La novedad no deriva principalmente de datos sociológicos, sino de la percepción y el mensaje del autor sobre la vida cristiana en el mundo.

La noción y el discurso del caballero no son de origen cristiano. Los encontramos ya, como modelo de conducta que busca la perfección humana, en los *Analecta* de Confucio (551-478 a.C.). Es el hombre superior por nacimiento, carácter, y comportamiento, que se sujeta a un código ético y de buenas maneras. Ejercita el autocontrol y el autorrespeto, y contrasta con el hombre vulgar, el pequeño hombre, que no se domina, ni sabe conducirse respecto a los demás.

El mundo griego conoce la noción y el tipo humano del hombre educado, el *kalos-kagathos*. Platón dedica mucho espacio de sus diálogos a describir la formación del caballero. Lo hace sobre todo Aristóteles (*Ética a Nicómaco* 1122a-1123a, 1123b-1125a), que le concibe como el hombre magnánimo, generoso, y con altitud de miras. Es la expresión humana de una ética razonable, de quien prefiere dar a recibir, y lo hace sin darle importancia.

Se entiende que medidas con los criterios de San Pablo y de San Agustín, estas virtudes y actitudes puedan ser juzgadas «vicios espléndidos», si cristalizan en el sujeto como fines espirituales autónomos, o metas buscadas por sí mismas, que se convierten en obstáculo al crecimiento personal que debe llevar a la plenitud del hombre perfecto del Evangelio.

La visión más conocida e incluso algo estereotipada del caballero deriva del mundo inglés, que conoce bien y cultiva ese tipo humano a partir especialmente del siglo XVIII. En el siglo XVII se publica ya

un *Gentleman's Journal*, y la *Gentleman's Magazine*, que es la primera revista general en Inglaterra, aparece en 1731. Hasta el siglo XIX, el caballero se distingue en Inglaterra por su condición nobiliaria y su elevado status social. La idea se halla sujeta a un desarrollo, como muestran las sucesivas definiciones que se recogen en la «Enciclopedia Británica». La edición de 1815 define al caballero como el hombre de clase alta en posesión de un escudo heráldico. La edición de 1845 amplía la definición, e incluye a todo el que esté por encima del que trabaja directamente la tierra. La de 1856 mantiene la idea anterior, y excluye expresamente al tendero o pequeño comerciante.

Se han impuesto las clases medias, y el caballero es prácticamente el hombre de la mayoría silenciosa. Es un proceso nivelador, por el que casi todos son caballeros, aunque no jueguen al golf ni vivan entre aristócratas.

Este nuevo caballero, que sabe estar en sociedad y manifiesta cierta sensibilidad moral, es una creación de la civilización, la cual es a su vez en el Occidente un producto del Cristianismo. Es un hombre que actúa según sus propios criterios educados y cultos, y no necesita ser una persona de conciencia y seriedad religiosa según la voluntad de Dios. Ejercita el instinto moral por respeto a sí mismo, y cuando comete una mala acción no siente contrición religiosa, sino remordimiento y un sentimiento de degradación. Su modestia es como una renuncia temporal a los privilegios de su condición, y un acto de condescendencia hacia los de nivel inferior. Pero en cuanto caballero nunca pierde su sentido de superioridad. William Inge (†1954), famoso dean de la catedral anglicana de San Pablo, hace la siguiente observación: «Si le decimos a un obispo anglicano que no es cristiano apenas se sentiría sorprendido, porque considera que es un asunto sometido a discusión. Pero si le decimos que no es un caballero, probablemente nunca nos volverá a dirigir la palabra».

Newman ha descrito al caballero de su tierra con admirable penetración psicológica y religiosa. Es un hombre «que nunca inflige dolor» y «evita cuidadosamente todo lo que pueda ocasionar una estridencia o un sobresalto en la mente de los demás. Evita así todo enfrentamiento de opiniones, toda colisión de sentimientos...»<sup>1</sup>.

El caballero auténtico de Newman «sabe bien con quien habla, se guarda de alusiones inoportunas o temas que puedan molestar... Nunca habla de sí mismo, excepto cuando se ve obligado». Este hombre hecho de una pieza no suele mostrarse mezquino en sus discusiones,

1. J.H. NEWMAN, *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*, Discurso 8.º, Pamplona 1996, 210s.

ni se aprovecha suciamente de una ventaja. Tiene «demasiado buen sentido como para dejarse afrentar por insultos, y está demasiado ocupado para recordar ofensas». Es paciente y benévolo por principios filosóficos, y sabe ponerse en el lugar de sus adversarios y comprender sus equivocaciones y defectos. «Si no es creyente, será demasiado profundo y generoso de mente como para ridiculizar la religión o actuar contra ella»<sup>2</sup>. Es amigo de la tolerancia religiosa, porque quiere ser imparcial con todas las formas de fe, y por la suavidad y gentileza de sus sentimientos civilizados. La suya es una religión de la imaginación y del sentimiento religioso.

Newman termina así su descripción: «Estos son algunos de los rasgos del carácter ético formado por un intelecto cultivado, al margen de principios religiosos. Se ven dentro y fuera de la Iglesia... en hombres santos y en incrédulos... San Basilio y Juliano el Apóstata fueron compañeros en las escuelas de Atenas, y uno llegó a ser santo y doctor de la Iglesia, mientras que el segundo se convirtió en su implacable enemigo»<sup>3</sup>.

En otro lugar critica Newman el ideal de «reverendo caballero» vigente en la sociedad anglicana. Sería el hombre del establecimiento religioso que preside una familia y «administra consuelos espirituales», pero que silencia las diferencias de fe y de doctrina entre cristianos y no cristianos, o entre cristianos reales y aquellos que sólo lo son en apariencia<sup>4</sup>.

Este caballero, cuyas cualidades vienen a veces por nacimiento y es dado encontrar de alguna manera en casi todos los rangos sociales, posee rasgos que no se aprenden en los libros, pero es un producto de la civilización. Ser caballero no supone garantía alguna para la santidad y ni siquiera para la buena conciencia. No es ciertamente el ideal de Newman, porque a pesar de su educación y de sus gestos refinados, permanece muy por detrás del hombre religioso.

El hombre que goza de una educación liberal puede haber recorrido, sin embargo, un tramo importante del camino que conduce a la adquisición del carácter cristiano y por tanto de la santidad. El caballero a secas está en el mundo, pero el caballero cristiano debe dar un paso más, con el fin de estar en el mundo sin ser del mundo. No se trata en Newman de una idea meramente libresca. Creyó verla realizada ya durante sus años anglicanos en las personas de hombres eminentes por su trato humano, su sabiduría profana, y sobre todo

2. *Ibid.*, 212.

3. *Ibid.*, 212-213.

4. *Id.*, *Historical Sketches*, vol. I, London 1894, 376.

por su Cristianismo. Caballeros cristianos eran sin duda para él John Keble, Hurrell Froude, John Bowden, James Hope Scott, Edward Bellasis... Se trataba de hombres que gracias a su identificación con el Evangelio trataban de vivir en el mundo una existencia libre de mundanidad, y muchos de los cuales se hicieron católicos.

Precisamente el tipo de cristiano cuya formación propone Newman en los *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria* (1852), que contienen el ideario de la Universidad que fundó en Dublin, es el hombre que une armónicamente a una formación humanística (liberal) la asimilación de la doctrina cristiana convertida en vida. Ése es para Newman el caballero cristiano, que no indica una categoría cultural ni sociológica, sino espiritual, aunque deba ser un hombre de cultura.

Newman afirma así no sólo la posibilidad, sino también la necesidad, de esta clase de *caballero*, aunque lo conciba, sin hacerse ilusiones, como una meta ardua, difícil de conseguir, y susceptible de versiones ambiguas y engañosas, de hombres que parecen ser lo que en realidad no son.

Aunque son autores del todo independientes, existe una honda afinidad en este punto entre la postura cristiana de Newman y la de Kierkegaard. Éste ha discernido en la historia religiosa la figura del caballero espiritual, que sería como el precedente del caballero cristiano. Se refiere a Abraham como caballero de la fe, y se detiene en la figura del caballero medieval, que sublima la caballería en una dirección espiritual, y supone una determinación del alma muy alejada de ideales éticos o puramente románticos. El caballero kierkegaardiano significa y encarna un estadio de autenticidad.

Dentro de este marco general de precedentes objetivos, las apreciaciones de *Camino* acerca del caballero cristiano se inscriben sobre todo en temas propios de la literatura española, tanto profana como espiritual. El autor escribe en un contexto inmediato y próximo, en el que resuenan motivos literarios clásicos.

El noble caballero medieval de estirpe aristocrática atempera su condición nobiliaria en el caballero andante. Éste personifica y despliega una actitud espiritual gallarda, que expresa finura de alma y se aplica desinteresadamente a la defensa del débil.

Alfonso X dibuja en la Partida 7.<sup>a</sup> al caballero, que debe reunir condición noble, ciencia y distinción espiritual.

Antonio de Guevara compuso en 1529 su *Reloj de príncipes*, obra que gozó en poco tiempo de gran difusión. Luis de Milán publicó *El Cortesano* en 1561. Habla en el libro del «caballero virtuoso», que descuella por sus rasgos humanos y espirituales. El teatro de Lope de Vega

(especialmente *La moza del cántaro* y *La cortesía de España*) permite apreciar con notable claridad la concepción entonces vigente del caballero español, un hombre en el que habitan cortesía, sentido del honor, capacidad de juicio, y el saber hablar o callar según las circunstancias. Juan Ruiz de Alarcón refleja ideas similares en *Las paredes oyen*; y Cervantes nos presenta en *La Señora Cornelia* y *La Gitanilla* caballeros típicos que descuellan por su condición social y su educación.

Un punto de llegada y síntesis en la evolución literaria del tema del caballero, simplemente descrito o dramatizado poéticamente, es *El Caballero perfecto*, publicado por Alonso de Salas Barbadillo (1581-1635) en 1620. El autor enumera las adquisiciones de su caballero con las siguientes palabras: «de la filosofía natural y moral lo más provechoso y menos impertinente...; de lo político, la parte que se abraça con la religión y haze vn hombre aduertido contra las cautelas de arte, tan ciega y peligrosa enemiga de el bien común de los hombres, y ofensora de la naturaleza. De la historia vió quanto de diuino y humano hasta su tiempo halló escrito... Supo de las mathemáticas lo necesario para la guerra y la nauegación, y de la oratoria y poética lo que halló en los libros, y mucho más que le dió su natural»<sup>5</sup>.

Los autores espirituales del siglo XVI en adelante acuden frecuentemente a la mención del caballero, como categoría social distinguida y teóricamente virtuosa, que ayuda por analogía a entender y delinear un modo cristiano de sentir y de actuar. Francisco de Sales (1567-1622) explica en el comienzo de su *Introducción a la vida devota* (1608) que «de diferentes maneras deben practicar la devoción el caballero, el artesano, el criado, el príncipe, la viuda, la soltera y la casada».

Esta relación neutral de situaciones sociales implica que el caballero se encuentra tan abierto al mal como cualquier otra persona. De hecho se le invita por eso a cultivar la devoción como vía para devenir un caballero cristiano, si bien Francisco de Sales nunca emplea semejante expresión.

Ignacio de Loyola (1491-1556) sitúa con frecuencia la fidelidad a Jesucristo con categorías tomadas del comportamiento leal y caballeroso hacia el príncipe y señor natural, que es propio de quienes han sido distinguidos por éste con signos de benevolencia y de proximidad. En las obras de Ignacio abundan los términos de noble, gentil-hombre, hidalgo, y *caballero*. Esta última palabra aparece 25 veces con usos algo diferentes, y la asociación de fondo con un genuino carácter cristiano resulta inevitable<sup>6</sup>.

5. A. DE SALAS, *El Caballero Perfecto*, University of Colorado 1949, 5-6.

6. Cfr. D. BERTRAND, *La Politique de S. Ignace de Loyola*, Paris 1985, 656.

El jesuita Alonso Rodríguez (1538-1616), que ha ejercido una influencia decisiva en la espiritualidad vivida y enseñada por la Compañía de Jesús, nunca usa el término caballero en ninguna acepción. Habla de «hombre cristiano»<sup>7</sup>, «hombres de prendas», y «personas de prendas»<sup>8</sup>, para referirse a gente cultivada que trata de vivir el Evangelio en el siglo. «Tenéis nombre cristiano y no tenéis obras de cristiano»<sup>9</sup>. Más tarde se denominará caballero cristiano al que lo es por el nombre y por la conducta.

Baltasar Gracián (1601-1658) propone el ideal del *sabio cristiano*, y trata de contribuir con sus célebres escritos al logro de una formación de talante humanista, que sirva de base adecuada y connatural al ejercicio del Cristianismo. Considera, por ejemplo, en *El Discreto* (1646) que el conde de Lemos, considerado como prototipo, reúne en su persona «el docto y el galante, el religioso y el caballero...». Se trata del «hombre de todas horas», «el hombre en su punto»<sup>10</sup>, que puede ser calificado de hombre de alentado espíritu, varón prudente y formado. Este tipo humano une la industria, el arte y la soltura. Equivale en definitiva al héroe, hombre de carácter que sobresale en la excelencia y la eminencia de sus prendas.

«Hace personas la cultura», dice Gracián en el *Oráculo Manual*<sup>11</sup>. Esta cultura se encuentra abierta al Cristianismo, que no es, sin embargo, un perfeccionamiento en simple continuidad con aquélla.

La literatura espiritual de este tiempo es particularmente porosa a las obras de corte humanista que buscan formar o reformar la persona, y a otras de orientación más amplia que pretenden simplemente suministrar reglas de cortesía y principios sociales de buena crianza. Hay un terreno fronterizo en el que convergen espiritualidad, cultura, y taxonomía social.

Las tendencias democratizadoras en el desarrollo de la sociedad y la extensión de la cultura explican la relativa decadencia de este tipo de obras, pero la terminología continuaría en uso dentro de la literatura espiritual. Ya no se trata de aprender buenos modales para conducirse en la corte, entre la nobleza, o en la sociedad distinguida. Pero el *caballero* sigue siendo el hombre que pertenece a una élite social cada vez más extensa, que se supone desea practicar el Cristianismo.

7. A. RODRÍGUEZ, *Ejercicio de Perfección y Virtudes cristianas*, Parte 1.<sup>a</sup>, Tratado 3.<sup>o</sup>, Capítulo 8.<sup>o</sup>.

8. *Ibid.*, Parte 1.<sup>a</sup>, Tratado 4.<sup>o</sup>, Capítulo 2.<sup>o</sup>.

9. *Ibid.*, Parte 1.<sup>a</sup>, Tratado 3.<sup>o</sup>, Capítulo 8.<sup>o</sup>.

10. B. GRACIÁN, *El Discreto*, Barcelona 1941, edición de G. Juliá, 151.

11. ID., *Oráculo Manual*, p. 227.

El caballero cristiano de *Camino* es con visión afirmativa un hombre creyente de cualquier edad que trata de unir religión y vida. El autor parece dirigirse de modo especial, aunque nunca exclusivo, a hombres jóvenes, como atestigua su dedicación inicial preferente a estudiantes, durante los años que ven la gestación del libro, y en el tiempo posterior.

Los lectores de *Camino* pueden ver en el término *caballero* un calificativo de dignidad humana, que por una cierta atracción propia parece invitar a la persona a enriquecerse y consolidarse con actitudes y valores espirituales evangélicos. El autor llama caballero al lector, joven o maduro, para inducir en él aspiraciones legítimas hacia sentimientos y conductas nobles desde todos los puntos de vista, y al margen de su condición social. Lo contrario del caballero de *Camino* sería el hombre zafio, mal educado, que habrá de corregir ante todo sus modales y modos de sentir, para crear las condiciones de ser cristiano.

La expresión *caballero cristiano* aparece sólo cuatro veces en todo el libro (nn. 379, 390, 683, 925). El término *caballero* es usado una quinta vez en la expresión *caballero transigente* (n. 393). *Caballero cristiano* no aparece en ninguna otra de las obras publicadas del Beato Josemaría, por lo que todo el análisis debe ceñirse a *Camino*. Los términos que estudiamos se encuentran en cuatro capítulos de la obra, a saber, Formación, El plano de tu santidad, Otras virtudes, y Llamamiento. Son todos temas esenciales para entender el genio y el talento espiritual que el autor quiere transmitir. Todos tienen que ver directamente con la construcción y desarrollo del carácter cristiano, que es asunto programático y estructurante de *Camino*.

*El caballero cristiano* es para San Josemaría una creación del Evangelio, que se refracta según los usos y modos de hablar de cada época histórica. No se origina en la sociología sino que se nutre y crece dentro de una matriz cristiana. Su estudio no pertenece principalmente a la historia profana sino a la teología y a la espiritualidad.

El punto de *Camino* donde la expresión es mencionada por última vez (n. 925) es en realidad el lugar más apropiado para iniciar el análisis. Dice así: «Como los religiosos observantes tienen afán por saber de qué manera vivían los primeros de su orden o congregación, para acomodarse ellos a aquella conducta, así tú —*caballero cristiano*— procura conocer e imitar la vida de los discípulos de Jesús, que trataron a Pedro y a Pablo y a Juan, y casi fueron testigos de la Muerte y Resurrección del Maestro». El texto fue escrito el diecinueve de enero de 1934<sup>12</sup>.

12. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Obras completas. «Camino», edición crítico-histórica* preparada por P. RODRÍGUEZ, Madrid 2002, p. 958.

El hecho de que estas palabras se incluyan en el capítulo *Llamamiento* sugiere que el autor asocia de algún modo la condición de *caballero cristiano* a una vocación o llamada de lo alto, de modo que nadie puede atribuirse legítimamente ese título sin una invitación de Jesús. La invitación a «imitar la vida de los discípulos de Jesús» equivale prácticamente a imitar la vida del Maestro. Y por lo tanto no se trata sólo de *admirar* sino de dar un paso más hacia el compromiso de la existencia. El admirador se mantiene personalmente fuera de lo que admira. Lo admirado apela a algunos aspectos —sobre todo intelectuales— de su ser, pero no a su ser entero. El imitador, en cambio, aspira a convertirse en lo que admira, y está dispuesto a pagar un elevado precio, que podría recordar las parábolas evangélicas del tesoro escondido en un campo y de la perla de gran valor. (Mt 13, 44-45). En definitiva, el admirador puede llegar como máximo a ser un cristiano nominal. Sólo el imitador merece el nombre de cristiano verdadero.

El caballero cristiano representa así una creación de la gracia, que no destruirá los logros y cualidades humanas, sino que las elevará y perfeccionará. El principio de que la «gracia no destruye la naturaleza, sino que la purifica y perfecciona» pertenece a las concepciones de fondo que recorren *Camino* e incide directamente en el retrato espiritual del *caballero cristiano* tal como parece representárselo el autor.

Los dos puntos de los capítulos *Formación* y *El plano de tu santidad* apuntan en la dirección del verdadero carácter, que no se logra sólo mediante la educación, sino que exige conocimiento de los valores evangélicos, y familiaridad con ellos.

En el n. 379 leemos: «Naturalidad – que vuestra vida de *caballeros cristianos*, de mujeres cristianas – vuestra sal y vuestra luz – fluya espontáneamente, sin rarezas, ni ñoñerías: llevad siempre con vosotros vuestro espíritu de sencillez».

El asunto central de este punto es la virtud de la naturalidad. Podría haber sido redactado por el Autor durante su estancia en la Legación de Honduras, es decir, entre el 14.3.y el 8.10. 1937<sup>13</sup>.

El n. 390 dice así: «Ríete del ridículo. —Desprecia el qué dirán. Ve y siente a Dios en ti mismo y en lo que te rodea. —Así acabarás por conseguir la santa desvergüenza que precisas, ¡oh paradoja!, para vivir con delicadeza de caballero cristiano». Este texto fue escrito el 1 de enero de 1932<sup>14</sup>.

Se habla en ambos lugares de un estilo de conducta humana que desborda la etiqueta y los buenos modales —aunque pueda incluir-

13. *Ibid.*, p. 536.

14. *Ibid.*, p. 550.

los— y que expresa sobre todo interioridad. Cuando el porte exterior correcto posee raíces que interesan y abarcan todo el ser de la persona, tienden a superarse las manifestaciones fragmentarias de valores, que aun siendo interesantes y dignos de estima, no suponen necesariamente un carácter cristiano. Lo fragmentado o desarticulado es precisamente lo contrario de lo coherente. El caballero cristiano vive la sencillez y supera los respetos humanos no en base a un modo determinado de ser o al desarrollo unilateral de cualidades afines a su temperamento, sino desde la raíz de una personalidad cohesionada por la gracia de Dios.

Los nn. 683 y 393 presentan al caballero cristiano y al caballero a secas con mirada juzgadora, que incluye un apunte de crítica socio-religiosa. Ambos se refieren a la patología de la noción que estamos examinando. Es el caballero nominalmente cristiano, que se ha dejado vaciar espiritualmente por el mundo y que imita formas externas y convencionales de Cristianismo.

«Te veo, caballero cristiano —dices que lo eres—, besando una imagen, mascullando una oración vocal, clamando contra los que atacan a la Iglesia de Dios... y hasta frecuentando los Sacramentos.

Pero no te veo hacer un sacrificio, ni prescindir de ciertas conversaciones... mundanas (podría, con razón, aplicarles otro calificativo), ni ser generoso con los de abajo... ¡ni con esa Iglesia de Cristo!, ni soportar una flaqueza de tu hermano, ni abatir tu soberbia por el bien común, ni deshacerte de tu firme envoltura de egoísmo, ni... ¡tantas cosas más!

Te veo... —No te veo... —Y tú... ¿dices que eres caballero cristiano? —¡Qué pobre concepto tienes de Cristo!».

Este punto fue redactado en la Legación de Honduras (14.3.37; 8.10.37.) Según Pedro Rodríguez «refleja ciertas vivencias del Autor ante la variedad de personajes refugiados en la Legación»<sup>15</sup>. No puede descartarse, sin embargo, que el Autor hiciera uso también de la rica experiencia de personas que había acumulado ya hasta aquellos momentos.

El n. 393 dice así: «Un hombre, un... caballero transigente, volvería a condenar a muerte a Jesús». El texto se inspira en una reflexión escrita el 26 de octubre de 1931. Se deduce de ella que «el Autor funde las figuras de Pilato y de Caifás para construir su argumentación»<sup>16</sup>.

El gobernador romano del proceso de Jesús era un hombre razonable y con cierto sentido de la justicia, consciente de su poder, y preo-

15. *Ibid.*, p. 779.

16. *Ibid.*, p. 551.

cupado a su modo por administrarlo con responsabilidad. Se consideraba neutral en religión, pero como ocurre frecuentemente al hombre político era calculador y procuraba tener presente ante todo lo que convenía a su carrera.

El Autor denomina a Pilato *caballero transigente*, con una visión decididamente negativa del caballero que es hombre de mundo, más atento a sus intereses y a la práctica de la *Realpolitik* que a los valores morales y trascendentes. Es significativo destacar que, desde unas concepciones antagónicas, Nietzsche juzga y desprecia por el mismo motivo la actuación de Pilato, al que llama el único *caballero* del relato evangélico, es decir, un hombre culto, decadente, y escéptico<sup>17</sup>.

Las aporías del caballero se desvelan en estas interpretaciones, convergentes y a la vez enfrentadas.

El caballero cristiano de *Camino* trata de ser discípulo de Cristo. Se ve y se siente ante sí mismo seguidor del Maestro con todas sus consecuencias. Este caballero es como lugar vivo donde *interseccionan* Evangelio y mundo. Mediadora es la vocación recibida de lo alto por el individuo. Éste realiza dentro de sí mismo un ideal de civilización y cultura, que es *rehecho* por el Evangelio. No es una acumulación de sumandos, ni obedece a yuxtaposición o adición de elementos. Es una creación nueva operada por la gracia. Puede decirse entonces con verdad que una persona está en el mundo sin ser del mundo, no por un mero ajuste de factores constitutivos sino porque la personalidad humana se ha transformado en Jesucristo. Siempre habrá quien considere utópica la realización de lo divino en la tierra. El mensaje central del Cristianismo afirma, sin embargo, lo contrario: el Evangelio es precisamente la realización de lo divino en la tierra, y no de modo abstracto, sino en la existencia de personas de carne y hueso.

*Camino* está poblado de expresiones que completan, iluminan y dan volumen al tema del caballero cristiano, de modo que esta categoría despliega en ellas su sentido. Los puntos del libro hablan con frecuencia del «buen cristiano» (n. 350), del «hombre de Dios» (nn. 205, 633, 672, 848, 961), del «hombre santo» (n. 33), del «varón apostólico» o «varón-apóstol» (n. 687). Cuando el autor escribe «Sed hombres y mujeres del mundo, pero no seáis hombres o mujeres mundanos» (n. 939) ofrece una cierta síntesis de su pensamiento. Lo mismo ocurre en el punto 848, donde leemos: «Quieres ser mártir. —Yo te pondré un martirio al alcance de la mano: ser apóstol y no llamarte apóstol, ser misionero —con misión— y no llamarte misionero, ser hombre de Dios y parecer hombre de mundo: ¡pasar ocul-

17. *Ecce Homo* 1, 2.

to!». He aquí el régimen terreno y la condición espiritual del caballero cristiano de *Camino*.

Con este tema alcanzamos el fondo del libro. Las premisas son tanto dogmáticas como espirituales. El ideal de caballero cristiano puede y debe ocurrir en el mundo, dado que éste no se encuentra únicamente bajo el juicio de Dios, como determinación única de su sentido profundo, ni está cerrado en sí mismo a las energías transformadoras del Evangelio.

La realización concreta y viva de ese ideal es ardua y nunca llega del todo a la meta. Tampoco es aprehensible con los criterios que pueden establecerse y formularse en la tierra, como enseña la parábola del fariseo y del publicano. Siempre habrá en el mundo pecadores que se creen santos, y santos que se ven pecadores.

Dentro de su carácter y estilo afirmativos, se tiene la impresión de que *Camino* anuncia indirectamente el eclipse del caballero cristiano como tipo perteneciente a la taxonomía socio-religiosa propia de una época. Porque la expresión da lugar a malentendidos, como si aludiera a una versión superficialmente cristianizada del hombre secularizado.